

**Sr. Rector Cristian del Campo**

**Sra. Vicerrectora Académica Antonia Larrain**

**Sr. Vicerrector de Identidad y Vinculación Cristóbal Madero**

**Sr. Decano de la Facultad de Economía y Negocios Eduardo Saavedra**

**Srta. Directora de la carrera de Ingeniería Comercial Paula Belmonte**

**Sra. Directora de la carrera de Gestión de la Información, Bibliotecología y Archivística Beatriz Mercado**

**Señoras y señores profesores y académicos,  
padres, madres, familias y acompañantes,**

y, especialmente, a ustedes,  
queridas y queridos profesionales universitarios, colegas,  
amigas y amigos:

Permitanme un “anti-discurso”. No uno cargado de grandes abstracciones académicas, sino uno de palabras breves y sencillas, más bien centrado en una reflexión simple y directa.

Este mensaje está dirigido especialmente a quienes hoy se titulan en Ingeniería Comercial, Contador Público Auditor —en jornada diurna y vespertina—, Gestión de la Información, Bibliotecología y Archivística, e Ingeniería en Control de Gestión, mención Ciencia de Datos.

Hoy se marca un cambio de rol. Para algunos, el tránsito es desde la juventud estudiantil —con las licencias propias de la edad— hacia la vida profesional. Para otros, que ya han trabajado y sostenido una familia mientras estudiaban, el cambio es distinto: no se trata de “empezar”, sino de **consolidar**.

En ambos casos, el punto es el mismo: llega el tiempo de asumir responsabilidades con mayor profundidad y de sostenerlas en el tiempo.

Responsabilidad, por un lado, en lo más íntimo: hacerse cargo de uno mismo, de la propia vida y de quienes dependen de nosotros. Y aquí, permítanme decir algo a las y los más jóvenes: la vida trae un giro silencioso, pero inevitable. En algún momento, los padres que cuidaron de ustedes necesitarán ahora ser cuidados por ustedes. Ellos ya cumplieron su parte; llega el tiempo del recambio. No permitan que la pereza los domine ni que la zona de confort los paralice.

Habrá días en que los desafíos abrumen y la vida parezca ponernos examen tras examen; pero es precisamente ahí donde se forja el carácter.

A quienes ya tienen recorrido laboral y experiencia de vida: su desafío es distinto, pero no menor. Les corresponde una misión tan exigente como hermosa: buscar la excelencia. Y cuidado con su antípoda: la desidia. La desidia se contagia y es letal para los proyectos personales, para los equipos y para las instituciones. ¿El antídoto? No hay misterio: el esfuerzo constante, la disciplina y una decisión cotidiana de hacerlo mejor que ayer. No hay atajos.

Y junto a la responsabilidad viene la madurez. Madurez no es “sentirse grande”; es gobernarse. Es comprender que cada decisión tiene consecuencias. Es reconocer que la templanza no aparece mágicamente con el título, sino que se cultiva y se entrena: para decidir con serenidad, para actuar con firmeza y para sostener lo correcto incluso cuando lo fácil invite a lo contrario.

Jóvenes —y no tan jóvenes—, vivimos en un mundo sobreiluminado. Hay luces por todas partes: pantallas, urgencias, opiniones, tendencias, promesas. Su tarea, entonces, será aprender a distinguir las luces verdaderas de los destellos pasajeros y seguir a las primeras con coherencia, en conformidad con sus valores y convicciones.

Queridos profesionales, el juramento de hoy no es un trámite más; es un compromiso. Ustedes están sellando —de forma indeleble— un pacto consigo mismos y con el país: ejercer su profesión con honestidad, con responsabilidad social, con sabiduría práctica y con un sentido humanista del trabajo.

Sin mayores pretensiones filosóficas, el humanismo puede decirse así: poner al ser humano en el centro de lo que hacemos. En el centro de las decisiones, de los procesos, de los informes, de la gestión, de la tecnología, de los datos.

Lo que ustedes hagan —o dejen de hacer— tendrá impacto en otros: en sus familias, en sus equipos, en clientes, en instituciones, en comunidades enteras, para bien o para mal.

Amigas y amigos, han recorrido tres, cuatro, cinco o más años de vida académica. Llegaron al final de una etapa. Muchos quedaron en el camino, y en ese trayecto aprendieron algo importante: la universidad no es para todos; es para quienes tienen hambre de aprender, apetito de conocimiento y un deseo real de superación. Y hoy, con esa lucidez que da el esfuerzo, pueden comprender que la educación —el conocimiento y la sabiduría— nos hace libres: nos inmuniza contra la estupidez, nos da criterio y nos permite discernir entre lo lóbrego y lo límpido.

Por eso, la invitación es clara: sean activistas positivos de la excelencia. Sean mejores profesionales, sí, pero sobre todo mejores personas. Sirvan a la sociedad, pero no se sirvan de ella. Y asuman una verdad exigente: ustedes son los principales

responsables de su vida. No culpen a otros por lo que no lograron; hagan el trabajo, paguen el precio, sostengan el rumbo.

Ahora bien, el mundo que les toca no es sencillo. Se viene una vida laboral más larga y, por lo mismo, una vida de aprendizaje continuo.

Más allá de cifras exactas —que siempre cambian—, la tendencia es clara: vivimos más, mucho más; por lo tanto, deberemos trabajar más años. ¿Qué significa eso en concreto? Que probablemente no bastará con una sola formación profesional para toda la vida. Tendrán que reinventarse, estudiar de nuevo, actualizarse, certificarse, especializarse. Una, dos, tres veces si es necesario.

Y junto a eso, aparecen desafíos que ya están aquí: dominar un segundo idioma; comprender herramientas matemático-estadísticas; manejar analítica de datos e inteligencia artificial. No para convertirse en “esclavos” de la tecnología, sino para dirigirla con criterio. Porque la tecnología sin ética es un riesgo, y la ética sin competencia técnica es ingenuidad.

Se habla —y cada vez con más seriedad— de cambios profundos: automatización, nuevas formas de trabajo e incluso escenarios que hace pocos años parecían ciencia ficción. La computación cuántica, por ejemplo, ya existe, y su impacto aún se está desplegando. Solo como botón de muestra: hoy la computación cuántica es capaz de procesar problemas científicos altamente complejos —como modelos de cura del cáncer, o de energía y materia oscura— en tan solo cuatro segundos, algo que la computación clásica podría tardar 3.500 millones de años en resolver. Y con ello vendrán nuevos paradigmas: habrá que desaprender y aprender; habrá que tener humildad intelectual para empezar de nuevo cuando sea necesario. Eso, lejos de asustar, puede ser una oportunidad extraordinaria si se preparan.

Pero permítanme decírselos algo esencial: el desafío más grande no está en los algoritmos, ni en los idiomas, ni en la economía, ni en los modelos. El desafío mayor es humano.

Primero: ser felices. Sí, ser felices. Parece simple, pero no lo es. Se trata de aprender a estar en paz con uno mismo, de construir plenitud sin máscaras, de cultivar la capacidad de admirar lo sencillo, de disfrutar la creación, de cuidar los vínculos, de conversar con el alma —y, si me permiten la expresión—, de vivir con sentido.

Segundo: amar. Amar con valentía y pasión a quien elijan; amar el trabajo bien hecho; amar y respetar al prójimo. Y si alguna vez no resulta, al menos quedará la tranquilidad de haberlo dado todo, con honestidad.

Tercero: equivocarse lo menos posible, sabiendo que se van a equivocar. Prepárense para reducir el impacto de los errores: con prudencia, con método, con buenos hábitos, con personas correctas a su lado. La vida a veces perdona y da nuevas oportunidades; las personas, no siempre. Somos seres complejos. Por eso, la prudencia es una forma de amor: hacia ustedes y hacia los demás.

En lo personal, aunque no lo quisiera, me estoy acercando rápidamente a las siete décadas. He recorrido un camino largo, con aciertos y errores, y hoy puedo decirles algo sin romanticismos: la felicidad no es una emoción constante; es una construcción y un estado. Y ojalá a ustedes no les tome tantos años descubrirlo. Sean felices dañando lo menos posible. A veces la vida trae decisiones difíciles y no todo final es perfecto; pero incluso en esas horas se puede elegir actuar con dignidad.

No quiero cerrar este anti-discurso sin decirles esto: salgan al mundo. Tomen lo suyo, desafíenlo. Creen valor. Den lo mejor de ustedes. Combatán con sus mejores armas: inteligencia, disciplina, ética, compasión y coraje.

Finalmente, no les voy a desear “suerte”, porque la suerte suele quedar en el terreno de lo incierto. En cambio, les deseo **éxito**: ese que se construye con trabajo, con esfuerzo y con perseverancia.

Un gran abrazo para cada una y cada uno de ustedes.  
Muchas gracias.